

La rebelión de la esperanza

Josep M. Puig Rovira

En momentos de crisis, la esperanza no es un lujo, sino una necesidad vital. Si falta, la sociedad corre el riesgo de caer en el miedo, la nostalgia, la intolerancia y la violencia. Pero la esperanza no llega sola ni se improvisa: se construye poco a poco a partir de experiencias compartidas de compromiso, cooperación y búsqueda del bien común. Transmitir esperanza es, hoy, una de las tareas más urgentes de la educación en valores.

Cuando la sociedad está inmersa en una situación de crisis, cuando no sabemos qué esperar ni hacia dónde mirar, la cuestión de la esperanza se vuelve central. La esperanza es una necesidad vital. Contribuye al equilibrio psíquico de las personas y al desarrollo saludable de las sociedades. Pero cuando la realidad se vuelve asfixiante, cuando parece que no hay salida y ya no disponemos de relatos que nos orienten, su ausencia se hace especialmente grave. En esos momentos, o trabajamos para hacerla crecer, o bien su lugar lo ocupan actitudes más destructivas que las propias dificultades que nos han llevado a la situación de desconcierto. Si la esperanza se apaga, se instala en las personas y en las comunidades un sentimiento de desolación que las hace vulnerables a la depresión y al pesimismo, las aboca a la intolerancia y a la ceguera moral y, a menudo, acaban derivando hacia el odio y la violencia. Hoy, esa es nuestra disyuntiva y, al mismo tiempo, nuestro reto colectivo: rehacer la esperanza. Por todo ello se ha dicho que la esperanza tiene un carácter paradójico: nace de la desesperación.

¿Qué es la esperanza? No debemos confundirla con una ilusión vacía, con un optimismo superficial o con la espera de que todo mejore por sí solo. La esperanza de la que hablamos es una fuerza humana y colectiva capaz de imaginar un futuro mejor mientras trabajamos para hacerlo posible. Tiene, por tanto, una dimensión utópica en el sentido más noble de la palabra: no como una fantasía irrealizable, sino como una visión anticipadora de lo que aún no es, pero puede llegar a ser.

La esperanza actúa en dos dimensiones íntimamente conectadas. En el ámbito individual, se manifiesta como un estado de ánimo persistente que sostiene a las personas, las ayuda a interpretar el presente con lucidez y a encontrar sentido y fuerza en medio de la adversidad. Es el impulso que permite imaginar alternativas cuando todo parece imposible, y que alimenta la capacidad de resistir sin resignarse. En el ámbito colectivo, se manifiesta como una energía que moviliza voluntades e inteligencias en una acción compartida —la praxis— orientada a transformar la realidad y hacerlo en la dirección de aquello que juntos hemos soñado. Esa energía se traduce en conquistas que toman forma cuando se ejercen y se renuevan colectivamente.

La esperanza también se caracteriza por un doble dinamismo: imaginar lo que todavía-no-es y, al mismo tiempo, trabajar desde hoy mismo para hacerlo realidad. Imaginar significa abrir la mente y el corazón a nuevas posibilidades, dibujar horizontes que desafían la rutina y la inercia. Trabajar significa bajar esos horizontes al terreno de la acción, transformarlos en proyectos concretos, en decisiones y en gestos que, por pequeños que sean, apuntan hacia ese futuro soñado. Pero este camino no es recto ni está exento de contradicciones: ideales y acciones no siempre encajan del todo, y a menudo es necesario revisar, ajustar y aprender de los errores. Es un proceso vivo, hecho de pruebas y rectificaciones, como ocurre con tantas cosas esenciales de la vida. La esperanza auténtica no es una línea ascendente y segura, sino un trayecto sinuoso que se va dibujando a medida que avanzamos.

Por otra parte, la esperanza verdadera, la que moviliza y transforma, se preocupa por el bien del conjunto de la comunidad. No se limita a desear mejoras particulares o beneficios individuales, sino que se orienta hacia horizontes compartidos donde la justicia, la libertad, la fraternidad y la emancipación colectiva sean una realidad para todos. Es una esperanza que entiende que el bienestar personal solo puede arraigar en un contexto social justo e inclusivo: ningún progreso puede darse por concluido si deja a alguien atrás. En este sentido, es una fuerza que une, que desborda los intereses privados y que invita a pensar y actuar desde aquello que nos vincula y nos hace responsables unos de otros.

¿De dónde surge la esperanza? No depende necesariamente de creer en una salvación trascendente, en una idea política predeterminada, en alguna verdad que indique un rumbo seguro o, simplemente, en la suerte de que llegue por sí sola. Es, sobre todo, una construcción humana y colectiva, tejida con esfuerzo, perseverancia y responsabilidad compartida. Por eso, no podemos esperar que nos llegue por inercia, ni confiar en que alguien nos la transmita con buenas palabras. La esperanza nace y se desarrolla a partir de experiencias vividas que la hacen posible y la alimentan. Vivencias que dejan huella y abren horizontes.

Las experiencias que hacen nacer esperanza comparten algunos rasgos esenciales: primero, parten de un compromiso activo para afrontar problemas reales que afectan a la comunidad; segundo, promueven la relación personal, el diálogo y la cooperación con otras personas en la búsqueda de una finalidad compartida; y tercero, buscan el bien del conjunto de la comunidad en cada decisión y en cada paso. Estos rasgos no suelen darse de golpe ni plenamente formados: se van adquiriendo y profundizando con el tiempo, a medida que las personas se implican y aprenden de la experiencia. Así, la esperanza crece poco a poco, a menudo desde un punto ínfimo, casi intangible, que necesita tiempo y paciencia para expandirse y convertirse en una fuerza creativa.

En el campo educativo, estas reflexiones tienen una consecuencia directa. Los docentes, además de transmitir conocimientos, tenemos la oportunidad —y la responsabilidad— de facilitar experiencias que hagan crecer la esperanza de nuestros alumnos. Esto significa

proponer proyectos que conecten con problemas reales, que requieran trabajo cooperativo y que tengan un impacto positivo en el entorno comunitario.

Hacer crecer la esperanza en tiempos de incertidumbre no es un acto ingenuo ni una huida de la realidad. Es, al contrario, una manera de resistir a la resignación y abrir caminos hacia un futuro mejor. Requiere perseverancia, imaginación y confianza colectiva en la capacidad de transformar las cosas. Y, sobre todo, requiere experiencias compartidas que den cuerpo a esa confianza.

En un mundo lleno de amenazas, quizás no haya tarea más urgente que esta: aprender a tener esperanza. No como un sentimiento vaporoso, sino como una fuerza viva que nos impulsa a imaginar y construir juntos aquello que todavía no es, pero puede llegar a ser. Sin esperanza, la sociedad se paraliza o se encierra en actitudes destructivas; con esperanza, incluso en los momentos más oscuros, se abre una rendija de luz.